

Frederik
Pohl

CHERNOBYL



Histórica porque su trama se basa en hechos reales extraídos de la historia: abril 1986, en Ucrania, donde uno de los reactores de la más avanzada central nuclear de la Unión Soviética estalló, provocando una catástrofe que estuvo a punto de alcanzar envergadura planetaria y cuyas consecuencias todavía persisten.

Histórica porque ella misma hará historia en el ámbito de las letras contemporáneas; porque un gran maestro de la literatura de ciencia-ficción mira por primera vez de cerca a los hombres y mujeres de hoy y nos ofrece una entrañable imagen de su comportamiento, lo mismo en la vida cotidiana que en circunstancias de excepción.

La Unión Soviética de la era Gorbachov ha encontrado en Frederik Pohl su historiador inmediato; nosotros, los lectores, un guía inspirado que nos da a conocer un país todavía enigmático, nos cuenta el horror de una gran tragedia humana.

Sin hipérbole, repetimos: este libro quedará en la memoria de cuantos tengan la buena fortuna de leerlo. Para siempre. Como para siempre han quedado en la atmósfera que todos respiramos las mortíferas partículas exhaladas por un reactor nuclear en un rincón de Ucrania.

Una novela dos veces histórica.

Los científicos afirman que, debido a los desplazamientos del aire sobre la superficie terrestre, hoy, dos mil años después de la muerte de Julio César, cada vez que un ser humano respira, sea aquí, sea en la sabana africana, o en la Patagonia, inhala por lo menos una molécula del aire que exhaló en su último aliento el ilustre romano.

El número de moléculas de vapor, de gases, de hollín y de cenizas que exhaló en su estallido uno de los reactores de la Central Nuclear de Chernobyl era incalculablemente superior al contenido en el aliento de César. Todos tenemos dentro una mínima parte de aquel aliento histórico. Mucho antes de que transcurran dos mil años, todos los seres humanos habrán asimilado una parte del siniestro aliento radiactivo del reactor de Chernobyl.

Con este espíritu universalista Frederik Pohl se ha acercado a la terrible tragedia ucraniana de abril de 1986 y ha escrito sobre ella una novela que tiene difícil equivalente en la narrativa de nuestros días.

Mundialmente famoso por sus relatos de ciencia-ficción, sorprende que el autor haya logrado, cultivando un género distinto, no sólo una obra realista, directa y actual, sino un auténtica epopeya de nuestro tiempo. Su lectura verdaderamente estremece, tanto por las dimensiones del tema como por la cálida humanidad con que nos son mostradas la tragedia y su entorno, las gentes que la protagonizaron y el marco general de la desconcertante Unión Soviética remoldeada en los últimos años por Gorbachov y sus seguidores.

*Este libro está dedicado a los cientos de hombres
y mujeres cuyo valor y sacrificio impidieron que
una terrible catástrofe adquiriera proporciones aún
más horribles.*

Chernobyl es una obra de ficción. En ella se mencionan personas que existen en la realidad; la información sobre dichas personas ha sido extraída de archivos públicos, y ninguna de ellas aparece como personaje activo en la novela. Todos los personajes que aparecen son ficticios, sin que representen a personas reales. Esto se cumple incluso en los pocos casos en que el personaje es identificado por su cargo (por ejemplo, el director de la central nuclear de Chernobyl), o por alguna actividad particular (los tres hombres que descienden con equipos de buzo bajo el reactor para drenar las aguas subterráneas). Ciertamente, una persona real tuvo ese cargo o llevó a cabo esa actividad, pero en tales casos el personaje de la novela no tiene relación ninguna con la persona real.

Tocó la trompeta el tercer ángel, y cayó del cielo un astro grande, ardiendo como una tea, y cayó en la tercera parte de los ríos y en las fuentes de las aguas. El nombre de ese astro es Ajenjo. Y convirtiósese en ajenjo la tercera parte de las aguas, y muchos de los hombres murieron por las aguas, que se habían vuelto amargas.

SAN JUAN
Apocalipsis, III, 10-12

Chernobyl, en ucraniano, significa «ajenjo»

1

Viernes, 25 de abril, 1986.

En la actualidad, Simyon Smin es un hombre activo y amable de sesenta y cuatro años que parece un exluchador de peso pesado. Es bajo y bastante fornido. Sonríe a menudo, con ese tipo de sonrisa al que las demás personas corresponden instintivamente. No se le podría llamar guapo, en parte porque tiene una franja de piel suave y casi vítrea que le cruza el lado izquierdo de la cara desde el labio superior hasta la nuca, donde desaparece cubierta por la ropa. Sin embargo, hay una dulzura en su expresión que hace que sus subordinados masculinos se sientan libres para hablarle francamente, y que las mujeres encuentran atractiva. Ésa es una de las razones por las que su esposa, Selena, se casó con él, aunque en el momento de la boda Simyon tenía casi cuarenta años y ella sólo diecinueve. Otra razón fue que, como veterano de guerra, herido y condecorado, gozaba del privilegio de ponerse a la cabeza de las colas y comprar en tiendas especiales. Incluso entonces resultaba obvio que su carrera iba en sentido ascendente. Hoy ha tenido éxito. Es el director técnico de la central nuclear de Chernobyl, que suministra a Ucrania oriental casi una cuarta parte de su energía eléctrica, miembro del Partido desde hace cuarenta y tres años, con posibilidades, de viajar al extranjero. Selena ha podido acompañarle fuera del país en dos ocasiones. Una, a Alemania Oriental solamente; pero la otra fueron cinco días maravillosos, cuando

tuvo que visitar la sede de la Agencia Internacional de Energía Atómica en Viena, una auténtica ciudad occidental.

Aquel día, inmediatamente después del almuerzo, Smin recibió a tres visitantes de Yemen del Norte en la sala de conferencias de la central. Era uno de los lugares de la planta que con mayor orgullo se exhibían, con el busto blanco de V.I. Lenin mirando desafiante desde una de las paredes y la gruesa alfombra armenia en el suelo. Su secretaria había preparado una larga mesa con las cosas apropiadas para los distinguidos invitados extranjeros, quienes podían (así lo esperaban los de Novosibirsk) ordenar un reactor nuclear RBMK-1000 para su país. (Naturalmente, por razones políticas, tardarían mucho tiempo en recibirlo, pero las autoridades de la central nuclear deseaban a toda costa que lo pidieran.) Había botellas abiertas de Pepsi-Cola y Fanta de naranja, así como ceniceros y paquetes de cigarrillos americanos Marlboro, y en la pequeña nevera bajo la mesa había latas sin abrir de zumo de naranja griego. (Había también una botella de vodka Stolichnaya en el congelador, por si acaso los yemeníes resultaban ser más marxistas que musulmanes.)

Los yemeníes llegaron escoltados por la secretaria de Smin, Paraska Kandyba, quien los conducía con rostro impassible. Les seguía el traductor, quien tuvo la deferencia de sentarse en un extremo de la mesa sólo después de que los tres hombres de chilabas blancas hubieran tomado asiento.

—Les doy la bienvenida a la central nuclear de Chernobyl. Pido disculpas por el hecho de que nuestro director, el camarada Zaglodin, no se encuentre presente, pero al igual que yo, él espera que su visita aquí sirva para aumentar las relaciones amistosas entre nuestros dos países —dijo Smin con su agradable voz de tenor, y esperó a que el traductor repitiera sus palabras en el idioma de los visitantes.

Era el habitual discurso de hospitalidad y satisfacción ante la planta nuclear: dos frases cada vez y luego una pausa para que interviniera el traductor. Lo pronunció de corrido, mientras su secretaria acudía con una bandeja de café servido en tacitas pequeñas y otra con dulces, que pasó entre los invitados. Éstos sorbieron y picotearon impasibles mientras escuchaban a Smin recitar las virtudes del sistema de energía nuclear soviético, la devoción extrema con la que acataban las decisiones del 27° Congreso del Partido y su éxito absoluto en alcanzar los objetivos fijados.

El discurso era cierto en casi todo, aunque no decía nada de, por ejemplo, los apañíos y estratagemas necesarios para hacer el plan viable, al menos técnicamente. Ni decía explícitamente qué otros deberes impedían al director recibir a los honorables invitados yemeníes. (Y que eran, principalmente, otros invitados a quienes el director consideraba más importantes que aquel puñado de árabes nacidos en el único país de la península arábiga que no tenía petróleo.)

Smin podría haber repetido aquel discurso dormido. A veces casi lo hacía. Normalmente, solía dedicar la mitad del tiempo empleado en la traducción a estudiar a los visitantes (cubanos, alemanes orientales, angolanos, cumpucheanos, vietnamitas o polacos), y se preguntaba qué pensaban de este inmenso monumento a la ciencia y la tecnología soviéticas. Por supuesto, muchos disponían de centrales nucleares propias, o al menos esperaban disponer de ellas pronto. Lo que utilizaban, sin embargo, eran reactores de agua a presión. Lo que ninguno de los invitados extranjeros tenía eran los RBMK-1000 de Chernobyl. Este modelo particular no se exportaba a los fraternos países socialistas. Los reactores que ellos tenían, sin duda, eran lo bastante buenos para producir energía eléctrica, pero apenas servían para otros propósitos. (Naturalmente. ¿Quién podía confiar a los campucheos o a los polacos la capacidad de fabricar plutonio?) A veces, Smin trataba de imaginar lo que harían

los invitados extranjeros, si pidieran reactores de la serie RBMK y se accediese a enviárselos. Pensaba que, mansamente, devolverían los núcleos usados para reprocesarlos en la URSS sin regateos ni carencias inexplicadas.

Pero no pensaba en ello a menudo.

Hoy, sin embargo, tenía otras cosas en la mente. Cuando el líder de los yemeníes tomó la palabra para responder a su discurso de bienvenida, Smin, que asentía con apreciación ante cada fragmento traducido, aprovechó la oportunidad para escribir en un trozo de papel: *¿El experimento marcha según lo previsto?* Pasó la nota a su secretaria cuando ésta se disponía a ofrecer a los visitantes el zumo de naranja. Nadie pareció darse cuenta de lo que había hecho. El portavoz de la delegación estiró el cuello para ver lo que había en el interior de la nevera cuando la secretaria la abrió, y se volvió hacia Smin.

—*Peut-être, un peu de vodka?* —preguntó.

—*Mais certainement* —exclamó Smin afablemente—. *Et alors, vous parlez français? Très bien!*

Hizo un gesto con la mano a la secretaria indicándole que le dejara abrir la helada botella y sirvió casi exactamente 150 mililitros a cada invitado. Si alguno de ellos advirtió que Smin no se había servido nada, no lo comentó. A partir de entonces la conversación continuó en un francés utilitario, aunque rudimentario, por ambas partes. Así era mucho más rápido. Smin explicó que cada uno de los cuatro reactores que componían la central de Chernobyl producía una potencia de mil megavatios y podía ser realimentado en marcha, lo que quería decir que estaba en funcionamiento mucho más tiempo que los modelos occidentales. Repartió convincentes fotografías de la sala de turbinas, la cámara de contención, las consolas de control con sus cuatro o cinco técnicos siempre de servicio, y también las fotografías seriadas que fueron tomadas durante la construcción y mostraban la inmensa planta a medida que crecía, capa tras capa.

—¿Pero por qué nos muestra sólo fotografías? —preguntó amablemente uno de los yemeníes—. ¿No podemos visitar esos lugares en persona?

—¡Naturalmente! —exclamó Smin—. Claro que hay que subir muchas escaleras. ¿No les importa? Y será necesario, simplemente como medida de precaución, llevar equipos protectores, ¡pero podemos empezar ahora mismo!

Y hacerlo de prisa, añadió para sí, porque la nota que la secretaria había deslizado en su mano decía: *Sí, está previsto que empiece a las dos de la tarde.*

Chernobyl no era simplemente una central eléctrica. Era casi una ciudad. Cada reactor RBMK-1000 en sí mismo era inmenso, con sus toneladas de bloques de grafito que frenaban los neutrones, sus casi mil setecientas tuberías de acero reforzado que llevaban el agua a los núcleos, sus tanques de secado donde las mil setecientas tuberías confluían para exprimir las gotas de agua del vapor y pasar el vapor cargado de energía a las turbinas, su grueso piso de macadam en la sala de las turbinas, donde los motores zumbaban o rugían, sus sesenta centímetros de acero y metro ochenta de cemento en torno a cada reactor..., medidas de seguridad ante el caso improbable de que algo, en algún momento, fallase. Ya había cuatro RBMK-1000 funcionando en la central de energía de Chernobyl; y la central en sí era solamente una estructura en una ciudad de naves de almacenamiento, talleres, oficinas administrativas, un centro médico, baños para las personas que trabajaban allí, cafeterías, salones de esparcimiento y descanso para después de los turnos, y todo lo demás que Smin pudo imaginar y, a través de súplicas o sobornos, conseguir, para hacer Chernobyl perfecta.

Éste era el trabajo del director técnico, y el hecho de que la perfección absoluta fuera imposible no impedía que Smin continuara persiguiéndola. Contra viento y marea. A

pesar de todas las frustraciones. Porque las había, empezando por los propios trabajadores; si éstos no bebían en el trabajo, se ausentaban sin permiso; si no hacían ninguna de ambas cosas, se marchaban a otros trabajos en cuanto podían. En teoría, esto no era fácil en la URSS, ya que nadie consigue un empleo sin un informe de su último patrono, y los patronos, se suponía, no alentaban vagabundeos de ese tipo. En la práctica, la gente que había trabajado en Chernobyl tenía tanta demanda que incluso un informe negativo era bueno. Y éstos eran sólo los problemas con el personal. Si de alguna manera se conseguía aplacar e incluso motivar a los empleados, quedaban los problemas de material. Siempre era difícil conseguir materiales de buena calidad, para cualquier cosa, y Smin, incansable, hacía todo lo posible por encontrar acero sin defectos, y cables bien contruidos, y cemento de primera calidad, e incluso los frutos mejores y más frescos de los huertos privados de los koljozes de la vecindad, con destino a las cocinas de las cafeterías de la planta. Sólo unas semanas antes había aparecido un artículo en *Literaturnaya Ukraina* denunciando una sórdida historia de gente incompetente y materiales defectuosos. Para los superiores de Smin esto había supuesto un gran embarazo, pero a la larga había reforzado la rutinaria dedicación de Smin a exigir, a apremiar, a insistir y, cuando era necesario, lo cual sucedía a menudo, a sobornar. No era así como Smin prefería hacer su trabajo, pero algunas veces era la única manera posible.

Dado que tenía prisa, Smin no mostró todo a los yemeníes. Se saltó las salas de almacenamiento de combustible, encima de los reactores, donde se guardaba el gasoil para las bombas de emergencia, en caso de que se produjera un fallo de energía; les permitió echar solamente una rápida ojeada a las gruesas ventanas de cristal de la cámara de recarga, donde la gran máquina en forma de araña se arrastraba sobre sus masivos raíles de tubería en tubería, según hiciera falta, quitando el combustible gastado y reempla-

zándolo con nuevo mientras el generador continuaba produciendo energía. Se saltó la Sala Roja y la cafetería y los baños, aunque estaba orgulloso de todo ello por la prueba que suponían de su constante preocupación por los cuatro mil hombres y mujeres que trabajaban en Chernobyl. No permitió, por supuesto, que los visitantes entraran en ninguna de las cuatro cámaras de reactores, aunque les dejó que miraran, nuevamente a través de una gruesa ventanilla, el número uno, el más viejo de los reactores de Chernobyl que (tuvo que elevar la voz por encima del rugido del vapor y las turbinas para que pudieran oírlo) aún generaba energía con el mejor nivel de rendimiento y seguridad de la URSS. Incluso les dejó mirar las grandes tuberías del sistema de agua, porque de todas formas les cogía de camino. Poco después el líder yemení daba un respingo al ver las llamas siseantes del quemador de hidrógeno.

—¿Qué es eso? ¡Creí que energía atómica quería decir que no hay que quemar petróleo!

—Oh, pero si eso no es petróleo —explicó Smin, tranquilizándole—. No tiene nada que ver con el vapor, simplemente es una manera de deshacerse de los gases que, de otra forma, podrían resultar peligrosos. Verá, cuando el agua atraviesa el reactor, una pequeña parte cada vez se disocia en hidrógeno y oxígeno a través de radiólisis. No podemos conservarlos en el sistema, sería peligroso. Así que los quemamos.

A continuación les dejó entrar en la sala de turbinas, con las orejas protegidas y utilizando cascos, porque sabía que no soportarían el ruido, desde donde pasaron a la sala de control de los reactores uno y dos.

Mientras el intérprete traducía sus preguntas al ingeniero jefe del turno, Smin cogió un teléfono y verificó de nuevo. Sí, los camaradas invitados ya se reunían para observar el experimento, que seguía el horario previsto. Así que, comprobó mirando su reloj, tenía diez minutos para desha-

cerse de los yemeníes antes de dirigirse a la sala de control principal. Se acercó a ellos, sonriendo.

El ingeniero jefe no sonreía.

—Me están preguntando por Luba Kovalevska —le dijo a Smin entre dientes.

Smin suspiró y se volvió hacia los yemeníes.

—¿Tienen alguna pregunta que hacerme? —preguntó con cortesía.

El yemení más viejo le miró. Era difícil leer su expresión, pero dijo solamente:

—Hemos oído historias.

Smin siguió sonriendo.

—¿Qué historias son esas? —preguntó, aunque sabía la respuesta.

—Ha habido información en su propia prensa —dijo el hombre, en tono de disculpa. Se puso las gafas y sacó un recorte de papel del bolsillo—. De su revista *Literaturnaya Ukraina*, ¿es así como se dice? Un artículo que habla de pobreza de diseño, de materiales poco seguros, de falta de disciplina entre los trabajadores... Por supuesto —añadió, doblando el papel— si hubiera leído este tipo de cosas en la prensa occidental comprendería que no hay que tomarlas en serio. ¿Pero en sus propios periódicos?

—Ah —dijo Smin, asintiendo—, es lo que nosotros llamamos *glasnost*. —Usó la palabra rusa y la tradujo rápidamente—: Es decir, sinceridad. Franqueza. Apertura. —Sonrió de manera amistosa—. Supongo que les sorprenderá encontrar una crítica tan dura en una revista soviética, pero, ya ven, corren nuevos tiempos. Nuestro secretario general, Mijail Gorbachov, ha dicho acertadamente que necesitamos *glasnost*. Tenemos que hablar abierta y honestamente, y en público, sobre toda clase de errores. El artículo de la señora Kovalevska es un ejemplo de ello. —Se encogió de hombros—. Resulta muy útil que nos recriminen públicamente nuestras faltas. No voy a decir que no sea doloroso, pero es así como los fallos pueden ser corregidos a tiempo. A ve-

ces, quizá se llega demasiado lejos. Una escritora como la señora Kovalevska oye rumores y los pone en un periódico... Bien, es bueno que se aireen los rumores, para que así se los pueda investigar. Pero no hay que creer que todo lo que se dice es verdad.

—¿Entonces este reportaje de *Literaturnaya Ukraina* es falso?

—No completamente falso —admitió Smin, mientras el ingeniero jefe trataba de seguir el diálogo en francés y fruncía el ceño ante cada palabra—. Ciertamente, se han cometido algunos errores. Pero se están corrigiendo. Y además, por favor anoten, mis queridos amigos, que esas cosas de las que la señora Kovalevska habla con tantos detalles se refieren principalmente a construcción y operación defectuosas. ¡Ni por un momento sugieren que haya nada malo en el reactor RBMK-1000! Nuestros reactores son completamente seguros. Cualquiera puede comprender que esto es cierto por el hecho de que nunca, en la historia de la energía atómica, ha habido en la Unión Soviética un accidente de ningún tipo.

—¿Sí? —dijo el yemení sagazmente—. ¿Es correcto eso? ¿Qué hay entonces del accidente de Kyshtym en 1958?

—No hubo ningún accidente en Kyshtym en 1958 —afirmó Smin rotundamente, y se preguntó si decía la verdad.

Cuando Smin consiguió llevar a sus invitados a la salida eran ya las dos y veinte. Había podido enterarse, por los operadores de la sala de control, de que el reactor número cuatro estaba todavía funcionando a pleno rendimiento, así que el experimento no se hallaba a punto todavía. Le quedaba un poco de tiempo, que aprovechó para ser un anfitrión completo.